

6

COLECCIÓN

Amanecí de bala / Pío Tamayo

Antonio José Lanza A.

Refugios ocultos y otros cuentos

FEI

Fondo Editorial Ipasme

Comandante Hugo Rafael Chávez Frías

Presidente de la República Bolivariana de Venezuela

Lic. Elías Jaua Milano

Vicepresidente Ejecutivo de la República Bolivariana de Venezuela

Maryann Hanson

Ministra del Poder Popular para la Educación

Junta Administradora del Ipasme

Lic. Silfredo Zambrano

Presidente

Lic. Noris Coromoto Figueroa Bastidas

Vicepresidenta

Prof. Pedro Miguel Sampson Williams

Secretario

Fondo Editorial Ipasme

Diógenes Carrillo

Presidente

6

COLECCIÓN

Amanecí de bala/Pío Tamayo

Antonio José Lanza A.

Refugios ocultos y otros cuentos

MENCIÓN HONORÍFICA
SEGUNDO CONCURSO LITERARIO
TIERRA DE GRACIA

FEI

Fondo Editorial Ipasme

Refugios ocultos y otros cuentos

Depósito Legal:

ISBN:

Portada: Sobre la obra “Mochima”, del autor del libro

Producción: **Luis Durán**

Edición: **Gladys Arroyo**

Fondo Editorial Ipasme

Locales Ipasme, final calle Chile con Av. Presidente Medina

(Av. Victoria) Urbanización Las Acacias

Municipio Bolivariano Libertador, Caracas.

Distrito Capital, República Bolivariana de Venezuela

Apartado Postal: 1040

Teléfonos: +58 (212) 633 53 30

Fax:+58 (212) 632 97 65

DEDICATORIA

A Abraham David Lanza y Aron David Lanza

PRESENTACIÓN

Siempre es motivo de felicidad la aparición de un nuevo libro en un medio, como el de nuestro estado Sucre, donde se lee poco y se escribe menos. Si además, el libro es de un autor de labor silenciosa y sostenida, la felicidad es aún mayor, porque permite colocar algunas cosas en su justo lugar.

Los ocho textos que integran el libro Refugios ocultos y otros cuentos, de Antonio Lanza, comparten similitudes formales y temáticas; podríamos decir que los anima un mismo espíritu. No son cuentos fáciles, de escritura predigerida. El universo narrativo de Antonio Lanza es cualquier cosa menos complaciente con el lector; reclama de este un esfuerzo de atención, pero también un dejarse ir, un abandonarse al ritmo y la respiración de la escritura. Por cierto que esta es una exigencia contradictoria, pero creo que es la única manera en que puede el lector asomarse a los cuentos sin traicionarlos: poniendo en juego una rigurosa atención, pero también un respeto hacia el misterio de esta escritura que no se complace en historias lineales, sino que busca su ser en las metáforas exaltadas, en las imágenes encadenadas y en el ritmo rápido y cambiante:

Anduvimos remontando suelos infinitos donde el agua de la lluvia permaneció como una playa mágica llena de batracios y pececillos mágicos que flotaban en la superficie con luceros troyanos.

Antes no hubo refugios, ni existieron colmenas, ni mariposas preñadas al pie de mis pies húmedos y trágicos; sentado sobre una peña estrellada en mil pedazos; sordo y mudo ante la tempestad. Así comenzó mi vida, así soy yo y así moriré frente al mar de mis entrañas...

Recorren estas páginas historias de aparecidos y espantos, de hombres y mujeres alucinados, de murciélagos, espantapájaros y cangrejos que devoran la vida y la memoria de los personajes. Pero es la muerte la gran sombra que atraviesa todo el libro en forma de desesperanza y malos sueños, de oscuridad, violencia y destinos marchitos.

Los textos de Antonio Lanza viven a la orilla de la infancia, siempre presta a aparecer en cualquier rincón del relato:

En el jardín había una infancia trasplantada en boca de calle para dar la bienvenida a la tía Tulia en el jardín que había caído sobre el sofá mostrando un cansancio de vejez y tormento en la precocidad de su piel.

No es una infancia feliz, a pesar de que se haga referencia al mar y el río, a las frutas en los árboles o a los juegos; está, antes que nada, llena de sobresaltos, enfermedades y temores atávicos, de lo profundo de la sangre, donde los muertos familiares vuelven para producir “miedo, mucho miedo”. De allí el particular tono fantasmal y tenebroso de la mayoría de los relatos.

Sin que se pueda decir que sea un tema dominante, el pasado mítico, reinventado y recuperado por la memoria de la tierra, también es otra constante en los cuentos de Antonio Lanza. Está presente en las historias familiares, en referencias a las

creencias religiosas y mágicas. Indios, frailes y conquistadores se disputan el espacio narrativo, cada uno con sus cargas de muerte y pesadillas:

En Sabacual existió un yacimiento arqueológico, un cementerio de indios calcinados; en Guasimal también lo hubo, en Campoma está mi madre y aquí yace mi padre, mi primo y mi hermano, todos murieron en la guerra de los invasores del muelle del camposanto para calmarle la sed a los camellos, perforadores de la tierra.

Finalmente quisiera destacar el permanente trabajo de Antonio Lanza, como docente, artista plástico, promotor cultural y escritor. En la faceta señalada en último lugar, que es en definitiva la que nos interesa aquí, ha obtenido importantes reconocimientos nacionales y regionales.

No dudo de que su obra alcanzará la difusión que merece y se encontrará con su público.

Rubi Guerra

Igoaraya No.3
Antonio Lanza Alcalá



Refugios ocultos

A Andrés Mejías

Antes no hubo refugios, ni existieron colmenas, ni mariposas preñadas al pie de mis pies húmedos y trágicos; sentado sobre una peña estrellada en mil pedazos; sordo y mudo ante la tempestad. Así comenzó mi vida, así soy yo y así moriré frente al mar de mis entrañas...

Era la ocasión de estar junto a la amargura de Clementina, amasando arcilla y esperma, jugando a las mil aventuras de Bautista el aventurero, en la casa de Gloria Nazareth.

Eran las tres de la madrugada y no había peñeros en la costa de Monte Piedad, ni pájaros azules en el cielo, ni alcatraces en la cueva de alacranes. Al final del encuentro todos fuimos, treinta tristes cazadores de fortunas, antes y después de la aparición de las carabelas. Argenis y Carlos Julio de la Cruz fueron primero y segundo contra maestre de una embarcación que surgió en Puerto Arturo y se quedó estacionada para siempre en la curtiembre del río Manzanares.

Fernando y Cruz Nazareth fueron pescadores de orilla, parecían seres transmutados por una atmósfera cargada de felinos a orillas de un promontorio de árboles que hicieron ruidos impresionantes para espantar a las cotúas y alcatraces expulsados por la luna. —Al fin y al cabo

todos nacimos en la cueva de los apaches —dijo Carlos Julio, quitándose el sombrero, las espinas y las espuelas.

I

La conquista de mujeres alucinadas se impuso a los treinta y tres años, aquellas mujeres desposeídas por el mal vivir fueron las mujeres de Simplicio de la Cruz. Diosgracia remediaba a los afortunados que desembarcaron sus malos hábitos sobre el pecho peludo de la mujer que alguna vez fue enterrada y desenterrada el domingo de resurrección.

En esto llegaron los cazadores de peces desafortunados, aparecieron con mil rostros haciendo sombra, con disfraces de personajes mágicos y rostros maltratados por el tiempo. Pintando las paredes oscuras que arroparon que eran cuatrocientas lámparas de metal flotante sobre la playa de aguas turbias, aguas verduscas cargadas de libélulas y mariposas. Las luces eran de esperma y aluminio, los rostros mansos de los chicos parecían colgar del techo estremecedor que fingía un tamarindo de cincuenta metros de altura, que dio sombra a ciento treinta metros de angustia en las habitaciones desoladas del Gran Chaparral.

II

Antes o después de la aparición del tío Luis Fernando de la Cruz, supe que mi hermano menor habla caído del techo, herido por el garapiño y el ruido de las ballenas

desde las ventanas observé un teatro rodante que colgaba del techo de los avisperos donde sólo actuaron la sangre, el dolor, el llanto y la miseria en que vivíamos todos los días... Un grito estremecedor hizo desprender de la hamaca a tío Luis Fernando; allí durmió, murió y resucitó el tío de las barbas marrones aquella mañana de abril. Recogí los peces del pesebre que adormecían en una pecera llena de pesadumbres, en las paredes habían lombrices de tierra, ranas amarillas, grillos y cánticos de pájaros escondidos detrás de las carabelas, todos jugaron con mis tres hijos, a orillas de una playa de cerdos y aguas estancadas que parecían extensiones de sangre saturadas.

III

Al parecer la escena había comenzado en el Gran chaparral; (Refugios ocultos de seres desafortunados). La gorda María Mercedes de la Cruz amamantaba a sus crías que eran dieciséis en total, uno tras otro, entre las sombras cálidas todos desnudos le mamaron las tetas que le colgaban del pecho como cuatrocientas colas de caballo.

Alguien entró al cuarto de los enfermos a consultarse con San Generoso. Subieron y bajaron el telón, entraron dos mil suspiros, la mancha de los hombres se quedó impregnada en la cama donde alguna vez nacieron gatos y reptiles de todas las especies. Los carabineros habían llegado de Puerto Sucre a alimentarle el alma a la madre de todos nosotros. Carlos Julio traía un perro flaco y mal oliente sobre los hombros hinchados, para espantar a los

pájaros de mal agüero que hicieron ruido toda la noche y no nos dejaron dormir. En esto apareció San Bernabé de los espantapájaros, perdido en los chaparrales de una capilla donde se veneró al Santísimo Nazareno de los marineros. Rosas rojas, agua fuerte, bendiciones, oración tras oración. —Ese es mi Señor —dijo mi madre, haciendo procesiones con luces mágicas que calan del cielo.

IV

La abstracción estuvo a la vista de los malabaristas y pendencieros que corrían sobre la montaña, de huesos cargados de sobre de frutas ácidas transparentada sobre una silla de metal que flotó sobre los ramalazos del tamarindo y las nubosidades de la llovizna que cayó con recia expresión sobre los hombros de Carlos Julio de la Cruz. Los hijos de Santa Inés de la Cruz salieron a cazar murciélagos para acabar con el hambre de los carabineros. Todos fuimos recolectores de uveros y tamarindos en la casa vieja de doña Fernanda de la Cruz. El diálogo había comenzado en la plaza de las espinas caldas de la frente del altísimo Nazareno, cada quien llevó al santo sobre los hombros como una cruz, o un ataúd florecido y perfumado.

El momento fue de pasión, muerte, resurrección y gritos.

—Pase adelante señor Nazareno —dijo Santa Inés de la Cruz de rodillas frente al santísimo rosario.

Los perros dejaron de ladrar para no morderse los rientes que salían como una debacle de pájaros andinos. Doña Concepción lo había dicho con mucha vehemencia: los

perros fueron banderines descolgados, bendecidos por los santos apóstoles. Aquella noche en que los hombres descubrieron la muerte, los perros andaban como mendigos a orillas de la playa.

V

Los vehículos aparecieron como baúles conducidos por las manos desiguales de los cazadores de perros. —Perros cazadores, aquellos de doña Concepción —dijo uno de los malabaristas, hombres desafortunados con callos en las manos, parecían sombras irregulares que cancharon los cuerpos indefinidos con tintas rosadas que salieron de la tierra como hormigueros. Las pasarelas eran conchas y escamas envueltas en el sarampión, la sarna y la lechina de mi hermano José Miguel (el cazador que siempre pisó los talones de mi sombra), para luego salir corriendo desorientado por esas calles infinitas que nos vieron nacer y crecer.

Llegué a la habitación a curarle las heridas con raíces, sales, minerales y hojas de salvia; mi hermano estaba saturado de curaciones y oraciones, alguna mano podrida por el mercurio le cerró los ojos.

Era la primera vez que Indalecia le cerraba los ojos metálicos a mi hermano, ella colocó su semblante lleno de miedo y melancolía sobre el espaldero de la cama. Quiso interpretar la angustia de la mujer que cierta vez construyó personajes hundidos en el naufragio de todos los días.

—Al muchacho se le bajó la fiebre —dijo mi madre.

—En el Gran Chaparral todos tenemos fiebre —respondió Altagracia de la Cruz, haciendo persignaciones nerviosas. Son ochenta años, trescientos gritos por día; mal comidos, mal vividos y mal dormidos; sólo el sonambulismo nos alivia la fiebre para poder vivir sobre este pedazo de tierra mal vivida.

VI

Mis viejos instrumentos de laboratorio estaban intactos, parecía un brazo eterno alargado por la sombra verduzca de sardinas procesadas por manos laboriosas que llegaron de Caigüire y aliviaron el hambre de todos los días y de todos nosotros. Las malangas fingían esconderse entre mil rostros desencadenados por la sombra de las sardinas y el humo azul celeste que se agitaba y desplazaba sobre mi cabeza después de los manotazos que Argenis lanzaba para hacer despistar los olores del alimento cocido que adormecía sobre la mesa esperando por los gatos.

Las manos huesudas del pescador alzaron la maquinaria heredada por mis antepasados antes de la décima sexta moridera de la tía Magdalena. Como siempre, la creímos muerta de verdad; alguien le llevó flores y perfumes a la tumba incierta, mientras ella adolorida envolvía el cuerpo pesado en el humo humano de la parálisis cerebral.

Los dos hombres que me acompañaron al entierro se sentaron en el trono de los muertos; la cama fue prenda de incienso. —Magdalena se está muriendo —dijo Diosgracia de la Cruz. —Esa mujer está ardiendo en fiebre —respondió alguien. La desobediencia de mi hermano había

originado un conflicto de alta temperatura entre las tumbas y nosotros...

La tía Magdalena no ha muerto, su letargo está en la imaginación nuestra. En el Gran Chaparral les limpiaron la piel endurecida, a los vivos y a los muertos, y le prendieron los ojos irritados a mi hermano. ¿Llorar para qué? aquí a los muertos los llora la lluvia y los resfría la tierra. Luis del Valle le imprimió la sombra negra a los recién nacidos; danzando al son de una matraca que hizo resucitar a los fallecidos. Magdalena era la hija de los perros y los desaparecidos, la mujer galopaba como fiera salvaje sobre ramalazos tercos que hicieron vida en el cultivo de arañas y pájaros imaginarios de doña Concepción.

El hombre mágico, magnífico y lleno de magnesio y óxido aleteaba con fuerza, aleteaba sobre la roca negra donde dormían Emilio y Emiliana, aleteaba con alones de murciélagos, expulsando un liquido rojo por la boca que hizo horrorizar a todos los espectadores. El murciélago piernas, su rostro con pintas agresivas era una hemorragia de vómitos que le hicieron expulsar lombrices y cangrejos por la boca grande. —Eso es lo que te mereces hombre malo, hombre alucinado, murciélago mal vivido; volátil, roedor de miedo y fuerza salvaje...

VI

Dormido con las manos puestas en el rostro de Indalecia observé una multitud de seres transparentes que se ocultaron detrás de una piel de leopardo, que cubrió la inseguridad y el vicio de los pájaros. Sin pensar y sin pronunciar

palabras los hermanos De la Cruz (que eran doscientos en total) apartaron con violencia al público, que impedía con gritos y sobresaltos la presencia del señor Erasmo el rey de las burbujas (que había venido con San Generoso a descubrir la vida salvaje de los seres que vivían y convivían ocultos en el Gran Chaparral) Refugios ocultos de pescadores y cazadores de iguanas y otros reptiles.

Sentí dentro de mí al ser que siempre se me reveló, lo sentí montado en mis huesos, como en otros tiempos cuando ambos fuimos a practicar con piedras y anzuelos en la llovizna del Turimiquire, o en el sanjón de Quetepe, donde sólo pescábamos batracios y mariposas trasnochadas.

En verdad jamás pude descubrir el rostro de la catira Juana de la Cruz, que fue mi única compañera de viajes y retornos, cantando y silbando melodías del Grupo Madera, madera de mi alma, madera preciosa, madera fuerte, madera de la crucifixión de todos nosotros. Atravesamos la vertiente del Gran Chaparral (jamás había imaginado semejante territorio donde vivieron trescientas familias en una habitación, todas recogidas en una cueva de murciélagos, en una cueva de apaches, refugios ocultos que hicieron resucitar a los muertos).

*¡Sí! en el Gran Chaparral
en la cueva de los apaches
refugios ocultos, donde se esconde
un hombre mágico con formas de murciélago.
Allí está una capilla
una habitación*

*un murciélago o diablo negro y peludo y trescientas criaturas,
ocultas detrás de un tamarindo
como un telón sin remedio
donde todos fuimos perdedores.*

Después de una larga carrera de mosquitos y plagas nacidas y criadas, en ojos de aguas estancadas donde los muchachos anunciaron la aparición de jinetes ardiendo en tierra, no tuve fuerza para detener a los personajes que habían quedado urgidos en mi imaginación, como una larga cordillera de humo transparente. Al fin y al cabo pude creer que la décima embarcación debió conducirla mi padre y no el capitán Juan Carlos de la Cruz.

IX

Argenis el contraмаestre llegó de Paraguaná a formar parte de una familia de pasajeros que en muchas ocasiones nacieron con rostros amargos, cultivados y criados en el Gran Chaparral, para el circo de la media noche. Imágenes enmascaradas salieron del desierto, rechonchas y mal paridas, parecían camellos calcinados que alguna vez anduvieron muchos kilómetros sin comer y sin beber, todos fuimos multiplicados en cuerpos desiguales dentro y fuera de una pantalla de aguas mitológicas que reafirmaron una vez más la desgracia de la especie humana.

—Argenis y Luis del Valle Hurtado se salvaron del naufragio en el golfo de Cariaco —dijo mi padre. Al parecer estuvieron anclados; durante treinta años entre el desve-

lo, la tempestad y la medianoche sin sueño y sin pesadillas a orillas de un barco trasnochado. Aquella noche todos durmieron de pie sobre mis pies. —Fueron los sueños de Luis Gerardo Figueroa los que hicieron salir la luna en cuarto menguante —dijo Luis del Valle.

Las figuraciones de Argenis y Carlos Julio de la Cruz estuvieron toda la noche peinando la cabellera de la catira imponente que se mecía en la silla de ruedas. Los malos fueron para mi padre, él se había formado en la cueva de los apaches y allí aprendió a crecer al pie de árboles y arbustos, criadores de grillos que cantaron con alucinaciones durante toda la noche.

Neptalí, Cerbando y Salvador Lisboa habían regresado de Santa María, con la Pinta, la Niña y una cruz de cazabe sobre los hombros, todos llegaron personificados a través de cuentos mágicos que fueron apareciendo con la sombra de la noche; haciéndole competencias a la luna, todos vivimos adorando los aullidos de perros cazadores que salieron de la tierra como cangrejos paridos por bestias salvajes...

Quise pensar y no pude

—dijo Salvador—.

Apenas tengo tiempo para soñar.

La dormidera pertenece a los hijos desafortunados.

En el momento de prender fuego

apareció la luna sobre mi cabeza

frente a mí estaban los huesos de mis antepasados

quise morir ayer tarde...

Pero no fue así, cada quien desembarcó en Puerto Sucre. Bautista el aventurero y Argenis fueron los causantes de aquella matanza de peces.

Todos salimos como locos desesperados, seguidos por el llanto y las maldiciones del diablo negro, Luis del Valle Hurtado. Caímos como piedras metamórficas sobre un colchón impresionante que sólo sirvió para criar ratas, perros y gatos alucinados por las figuraciones humanas.

Observamos la majadería de los reptiles en el cansancio de una lluvia que cayó toda la noche como vuelos de murciélagos, afectando el techo de zinc y la tranquilidad de los hombres que dormían con dolores de cabeza. Gerardo Pinto entró con movimientos ruidosos y cerró las dos puertas trasplantadas en el jardín de doña Fernanda (mi última compañera).

Aquella mujer pesada, tosca, sospechosa y malcriada era la hermana mayor de Indalecia de la Cruz (mi otra compañera), la misma que se apoyó en la almohada para hacerme sumergir sobre sus dos tetas de metales calcinados por el cansancio y el calcio de las calaveras, que eran trescientas máscaras de llanto. Así era ella, mágica y trágica, como una masa de vegetales inciertos, con la cabeza cubierta por un pañuelo blanco para ocultar la pureza y la virilidad de su infancia mal vivida, trasnochada y maldita por los hombres que intentaron violarla por décima vez.

X

*Aparecieron dos mil rostros desprendidos del techo.
Sin ocultar la dolencia en las manos
los hijos de Emiliana eran recién nacidos
cada quien llevó su ataúd sobre los hombros,
hombres mal encarados nos hicieron correr.*

Aquella mujer de ojos dorados fue tejedora y paridora de hijos mal vividos y mal alimentados, todos nacieron en el Gran Chaparral. Esa mujer malcriada nació en una cueva de seres formados y conformados con pieles de apaches aparecidos para asustar a los muchachos; envueltos en sombras y ramas de tamarindo. Mi madre conoció a la catira cuando ésta solía estirarse la piel a orillas del río. —Ella era así y había que perdonarla hasta que le llegara la hora de morir.

Antes de la cena, nos cubrimos la piel con adhesivos y hojas de galápagos mágicos, queríamos mostrar a los hijos de Altagracia un rostro diferente al de todos los días, sin fetiches en la piel y con la cabellera recogida como una malanga.

Alguien arrastró la sombra hasta la calle Humboldt, con fuerza de arrieros y hombres mal encarados. Así pasaron los caballos ruidosos, toda la noche sin dormir. Mayor susto para los aventureros...

Todos observamos a la catira con la cruz en los hombros, parecía una mujer trasnochada y cargada de besos maliciosos, fue desintegrándose como un réptil sobre una

cama podrida. —Esta vez mi hija no soportará la carga de los huesos. La madre nuestra sabía que pronto alguien debía morir en la casa de los murciélagos.

*(Pensé en los huesos de la mujer maltratada y herida
la sangre había llegado al dolor de muelas
la mujer se arrastró entre zamuros y buitres
el féretro de Pedro Carmen de la Cruz
salió con trescientos hombres sobre sus hombros).*

Dormido con sarampión y cubierto con almidones y hojas de vegetales, sin poder mover los huesos, prendí los ojos y pude distinguir al hombre de las burbujas (que era Pedro Carmen o San Generoso); sobre el armario de metal estaba Luis del Valle, tenía plomo y fuego en las manos tendidas, con una piel de hormigueros hirvientes que brotaron de la tierra. Así amanecí abrazando la sombra de espantapájaros, la sombra de los muertos, la sombra de madre que surgió como una playa llena de lluvia.

Todos salimos en silencio, contando las horas y los minutos de vida al santo de los espantapájaros que había llegado de la isla de Margarita a curar a los hijos de Santa Inés de la Cruz con una cruz de Carabaca, a orillas de una playa olorosa llena de calvario y cuerpos flotantes.

El viernes había llovido con fuerza, como ningún otro día llovió, era la décima vez que llovía en la mañana de febrero y la octava oportunidad en que transitaba por la calle de los baños, envuelto en pétalos de alacranes, preocu-

pado por el hundimiento de los hombres, caminé hasta desgarrar los pies, en el cemento y el asfalto.

Los cangrejos salieron de las casas húmedas y maltratadas por el torrencial aguacero, caían del techo como tamarindos, caían del cielo y de todas partes con ponzoñas y colmillos metálicos, para agredir a los cuerpos reposados, al principio creí que eran murciélagos chupadores de sangre. Sentí pánico y preferí dormir por tres días y tres noches hasta que se calmara la tempestad.

Aturdido, dolido, y lloroso estuvo el viejo espantapájaros por varias horas, lamentando el envenenamiento de las aves de rapiña que alguna vez le regalara el padre Fernando de la Cruz, para alejar los malos espíritus.

XI

Recuerdo al anciano majadero y cargado de desperdicios humanos, repartiendo saludos a ciegas a todos los reptiles; con las manos en alto saludó al cielo, a la tierra y a la lluvia. Después de la tempestad sólo queda saludar al rito de la llovizna, solía decir. Con las manos puestas en las calaveras el abuelo estuvo toda la tarde parado frente a la ventana, nadie respondió por su ausencia (las aves envenenadas le cruzaban la mirada y aleteaban sobre su cabeza llena de nubosidades). Después de haber presenciado el drama fúnebre, sentí una inquietud cálida en medio de tanto malabarismo, inconsciente e inactivo, sentí culpabilidad por lo ocurrido. La tragedia estuvo presente en mis pesadillas antes y después de haber sido cazador de aves y reptiles, en una población enfermiza donde sólo

provocaba ingerir peces, aves y reptiles, todos los días de mi vida, los estuve junto a los hermanos De la Cruz practicando cacerías imaginarias, en ese lugar aprendí a escoger los huesos perdidos en la habitación de mi madre. Eché el brazo a los muchachos que eran cuatro tripones mal paridos que vivían en las aguas estancadas de la llovizna verduzca y les dije con voz templada: disfruten por ahora de las payasadas de Narciso Torres que aún vive en la imaginación de los muertos, de los vivos y de los espantapájaros...

—Oigan bien lo que les voy a decir —dijo el malabarista Luis Del Valle, disfrazado de murciélago, visible e invisible entre la sombra y la resurrección de los pájaros grotescos—. Aquí estaremos hasta mañana, hasta que los aparecidos, Narciso, Evaristo y Pedro Julián digan lo contrario.

XII

Elvira, la catira, Buenaventura, Diosgracia y yo parecíamos la misma sombra plantada y trasplantada sobre los hombros de Federico de la Cruz.

Con las manos tendidas sobre el ventanal del féretro, lloramos a los muertos antes y después de llegar al cementerio, flores, oraciones y ritos religiosos fueron pronunciados por Josefita Landaeta en el pasillo de las tres gracias. —Esto es mi único consuelo —dijo la vieja salamandra envuelta en llamaradas. A pocas horas de la muerte de los espantapájaros, todos recordamos el cielo de reptiles y animales volátiles que hicieron vida por mucho tiempo sobre la masa de llanto que tomaron las hermanas De la

Cruz, de pie sobre los pies del ataúd. Llanto y más llanto. —¿Para qué? si apenas acaba de escampar —dijo Diosgracia. Lloró el cielo, lloramos las mujeres y los hombres, lloraron los espantapájaros menores. Lloró la tierra, lloraron los muertos, en fin lloramos todos para seguir cargando féretros dormidos sobre los hombros absurdos de mi padre...

Aquel hombre maravilloso que expulsaba lagartijas por la boca y derretía sus manos en el fuego y las volvía a colocar sobre los huesos preciosos de mi madre, ese hombre fue el padre de todos nosotros. Eran las tres de la mañana, me levanté del mirador, tomé café y observé por las rejillas de la ventana los cangrejos que cargaron los recuerdos mal vividos en el Gran Chaparral de Diosgracia de la Cruz.

XIII

—Allí nacieron, allí se criaron y allí tenían que morir y resucitar —dijo Luis del Valle—; desde ahora en adelante llevaré a esas tres viejas y divinas mujeres sobre mis hombros, dentro de mi sangre las llevaré y estaré con ellas para volver a ser el mismo de antes...

Luis del Valle no quiso regresar a Cumanacoa como cualquier derrotado derrotero y sin máscara roja con que protegerse de moscas y mosquitos disparados y heredados en los pies podridos por las culebrillas de Encarnación Vargas. Trescientos cuarenta y cinco días no bastaron para pensar en la resurrección de los muertos. Los tres hombres fueron colgados de un madero, de ellos sólo queda-

ron presas para los zamuros y las ratas. El último dijo amén, antes de expirar.

A la casa roja le pintaron la bandera nacional para presentar a los muertos como unos revolucionarios, revoltosos que jamás tuvieron tiempo para amar y pensar. —Entiéndrenlos con todos los honores que esos son los muertos de mi alma —dijo doña Concepción, disimulando la dolencia de sus piernas carcomidas por comejenes y gusanos callejeros...

—Esos carajos fueron mis hermanos, los mismos que pregonaron aquella resurrección —dijo Argenis bailoteando sobre la tumba de arruga y fuego; Luis del Valle, Diosgracia y mi madre jamás pudieron recuperar el sueño perdido. Los cuerpos ficticios quedaron tapiados por helechos, violetas, malangas y cayenas traídas por los apaches para dar de comer a las jirafas y a los reptiles. El Gran Chapparral fue el refugio más oculto para las aves de rapiña y para los trescientos hijos de la tierra que vivieron por siempre y para siempre en los pasillos de mis pesadillas.

Ayoleida

A Reina Linares

Repartió tierras, moluscos, sardinas; repartió sueños y gritos sangrientos, repartió su infancia a los delfines que eran trescientas fieras envenenadas por la violencia, colgadas del techo con alas de murciélagos glotones. Frente a la ventana estaba mi madre y mis tres hermanos huérfanos. Ayoleida nunca se cansó de repartir golosinas a los espantapájaros, que eran su tormenta y su dolor de cabeza.

Hallé tres mil huellas, tres calaveras y a una mujer pariendo en medio de la tempestad. —¡Nació hembra! ¡Nació hembra! —gritaron la partera y la parturienta al mismo tiempo en que el abuelo Maquiavelo gritaba haciendo señales grotescas; se llamará Ayoleida y Ayoleida se llamó la niña de mi alma; había nacido en marzo para figurar y desfigurar rostros humanos e inhumanos, su nacimiento dio fortaleza a los perros para que ladraran toda la noche, dormida con dormidera verde, oscura y olienta a disparos de pájaros mal vividos en la cuna de San Luis Tercero.

Aquella noche, no era noche, ni desperdicio de noche. Una noche sin mar, sin Playa Colorada, sin cielo estrellado y sin cánticos de pájaros mitológicos que alguna vez trajeron frutas, flores y nostalgia a la pecera llena de pesadumbre donde la recién nacida descubrió sus huesos de lagarto colgados sobre el cielo raso. —En este lugar

nacieron y crecieron murciélagos y golondrinos —dijo para sí. Los huesos húmedos y mal contruidos por aquella naturaleza estéril prefirieron retomar el vientre de mi madre. —Todos fuimos huérfanos —dije, entre pétalos de piedras que por mucho tiempo me sirvieron de asiento como un collar de pedrería sólo para descansar los huesos recién nacidos.

En verdad desconocí la procedencia de aquella mujer encantadora con ojos de plata y huesos dorados y adorados por los ancianos recién llegados a la casa de los tres reinos. Sólo sé que en muchas ocasiones la observé como cualquier ave de rapiña, parecía un ser desfigurado, volátil entre masas de nubes expulsadas de los cielos, como un ángel manso recogió los alones de cera y huesos roídos y los lanzó a la marea con la fuerza de los mamíferos, y gritó ¡esta soy yo! ¡estoy aquí para que me destruyan!

La frente del cordero le iluminó las arrugas (la cual fue luz y fuego de sus propios caminos). Los pies fueron roídos por cangrejos para venerar a la pequeña criatura que adormecía sobre los brazos de mi madre.

La tía Magdalena hizo rocas con las manos enfermas, construyó caminos, ríos y manantiales amarillos. Ayo-leida jugueteaba con los hormigueros, saltaba la cuerda y se perdía en el espacio, lugares transparentes y pocos vividos, donde la magia de sus encantos se posaba al sol cargada de espuelas y sombras rosadas que produjeron manantiales con la cabellera pintada de blanco. ¡Basta! ¡basta ya! ¡de tanta melancolía! dijeron mis hermanos en una sola voz. Los hormigueros le salpicaron la piel mal pintada con iconos de mariposas y grafitos

en el rostro de indígena mal encarada, mal parecida y romántica que salía de las máscaras que colgaban del techo.

Armada y desarmada Ayoleida era igual; ella y mi hermano menor habían nacido para amarse, pero cuando el desamor tocaba la puerta de sus corazones ambos parecían una constelación calmica llena de locura. La mujer le cantaba a mi hermano en la media noche sobre una hamaca de cristal, canciones improvisadas y versos dislocados, mientras él le acariciaba la vulva con los pies, contándole cuentos prohibidos. Así se mantuvieron por treinta años, esperando hijos que nunca quisieron acercarse al vientre de la mujer armada y desarmada. —Los murciélagos son los únicos culpables de mis malas noches —solían decir ambos. Los pájaros y mi hermano recogieron sus penas, apenados por la esterilidad y el mal vivir. —Ayoleida es la mujer de los mil rostros, ella es prohibida para todo el mundo menos para mí, ella es producto de mis aventuras y desventuras en una población donde sólo se conocía Puerto Sucre —concluyó mi hermano.

Reducida a caricias y besos de mal gusto entre anillo de metal, diente de oro y plata más vómitos amargos que salieron de alguna parte del cuerpo. La chica brava con rostro de adolescente enmascarado, lanzó al precipicio los cuatrocientos cincuenta huesos que le quedaban en las manos y que alguna vez le estrujaron la piel juvenil, comprometida y compartida con los muertos del cuarto menguante. —Esta es mi venganza —dijo alguna vez con toda la fuerza que le quedaba después de la calentura—. Algún día me desquitaré del maltrato y de los malhechores —concluyó dormida entre dormideras y tarántulas.

Abrazada a los cangrejos que parecían seres volátiles en las inmediaciones de una playa desconocida.

Ayoleida besó la frente de los perros para despertarles la carne a los mamíferos que nunca pudieron clavarle los colmillos... Yo fui oriundo de tu carne, de tu corazón, de tus huesos y de tus entrañas, le dije entre pesadillas desiertas; ella apenas escuchó la exposición del romancero, saltó del chinchorro y corrió hecha una fiera maldita y bendita a ladrarle a los felinos con ganas de atropellarme.

*Antes y después
hoy y mañana
debes reconocer
que dentro de mí
están tus pesadillas.*

De esta forma ambos fuimos mansos en el remanso, volvimos a la ciudad carbonizada por décima vez; ahí nos encontramos con Pedro Carmen y Manuel Carvajal, ambos traían textos diseñados para resucitar a los muertos.

En el camino quise desprenderme de las ocurrencias magnéticas de Ayoleida; le entregué el amuleto, heredado por mi bisabuela, para la salvación de mi madre, se lo prendí del cuello largo y feo, quise desprenderle los falsos huesos que le colgaban de la espalda como alones prehistóricos, no hubo tiempo, había desaparecido de entre mis

brazos, entre la sombra, el sombrero y el tiempo heredado y construido única y exclusivamente para almacenar los latidos generadores de vida placentera, propia de la imaginación y la creatividad de una bailarina alucinada cargada y alimentada con luces y espejos de alucinógeno, una bailarina propia e impropia hecha por alguien para nosotros, para nuestro disfrute.

Ayoleida había sido enfermera, trasnochada y maltratada por la luna. Ahora está en el espectáculo envuelta en cadenas de vehículos que esperaron siempre por nosotros detrás de un auditorium podrido, dividido en tres partes desiguales, donde habían carabineros y payasos envueltos en tintes y colorantes.

Supe que Ayoleida había devuelto los vehículos de la Santa Teresa con trece pasajeros a bordo; para ese entonces yo era un niño con mi ataúd en los hombros, mientras ella en su féretro miraba hacia el mar que dibujaba gaviotas abarrotadas de peces dorados, saltaban en la luz, sobre una piel transparente, nunca logré definir sus potencialidades. ¡Ah! ¡recuerdo! era el cuerpo de Ayoleida perdido en el oleaje.

Estrecha frente a la luna

el cuerpo se cubrió de peces

olienta a quemaduras de sol.

La vi volar en el auditorium.

Ayer murió —gritaron los malabaristas.

Descansa en paz hija mía —dijo mi madre.

Alguien muy parecido a mi dulce mujer apareció envuelto en un tumulto de precipitaciones bárbaras oliendo a quemaduras de incienso y hojas de naranjas. El pasillo fue estrecho para los trescientos huesos, de los emisarios que habían trasladado el cadáver de la virgen, vestida de seda en el manantial de Ambrocio Contramaestre.

Ayoleida parecía viva entre los brazos huesudos de aquellos cazadores de peces y pesadumbres, antes y después del séptimo sueño supe que todos éramos sonámbulos; nadie lloró por nuestra desventura; el féretro se abrió en tres partes desiguales para descubrir el cuerpo de la criatura como cualquier conservatorio de huesos florecidos y escamas descamadas, que alguna vez el pescador Juan del Valle Natera, enterró con sus propias manos entre oraciones y ritos indígenas para transformar el cadáver en garras de fieras salvajes.

—Puedo afirmar que las puertas se abrieron como dos palmeras melancólicas, como dos mujeres colgadas del techo, que alguna vez fueron cazadores de tortugas, con un fuerte chirrido para impresionar a los muertos andantes que éramos treinta y tres. —Ayoleida es mi hija del alma —dijo el padre Dinas Goitia. —Apenas tiene tres días durmiendo el sueño profundo y mira cómo nos tiene —respondió mi madre cargada de arrugas y formas esotéricas que le salían como fuego por la boca para agredir a los malos espíritus.

En la ciudad de los muertos había un viejo andaluz, que prendía y apagaba las luces estrelladas de Santa María y San Francisco, Ayoleida era su cuarta criatura, con ella se mantuvo por muchos años prendido entre la marea y el susurro de los pájaros que dábanles la bienaventu-

ranza a los enfermos de tétano. En la ciudad de Puerto Escondido había que morir de cualquier cosa para justificar la presencia de la ignorancia. La muchacha era andariega, parecía una fierecilla indomable, solía decir el viejo cuando la observaba entre luces y colores que le transfiguraban la piel.

José Lucio murió hace muchos años, para seguir recordando a los muertos, ponles estas flores y vámonos que Ayoleida puede despertar. Mi madre sabía lo que estaba diciendo, ella, con un soplo de su garganta puede revivir a cualquiera. Ayoleida volvió a regocijarse con mi madre y la tía Rosa Carmen en la cueva de los murciélagos; desde ese misterioso lugar ambas volvieron la peste de toda la noche a los cazadores de mujeres, bárbaras, mujeres alucinadas caídas del cielo.

*La lluvia se llevó mi recuerdo
cantando sobre el cielo raso
una canción de murciélagos
para los murciélagos
agujeros del silencio.*

*La lluvia absorbió mi melancolía
hizo olvidarme del hechizo
cuando apenas nacían las fieras
Ayoleida estaba dormida
Sobre los hombros de mi madre
y la tía Josefina.*

Esa noche Ayoleida fue devorada por los murciélagos, herida y maltratada por las fieras, la vi entre los brazos de mi hermano menor, su único secreto eran los huesos que le salían del pecho, mi hermano era su décimo refugio y su décima muerte, los murciélagos, la tía Josefina y mi madre eran la resurrección de los encantos.

Ayoleida y yo somos el mismo sol, el mismo manto, la propia carabela, el mismo ataúd que alguna vez llevé sobre mis hombros. Ayoleida es una masa de llanto adherida al óxido de mis huesos.

Cierto día Ayoleida apareció montada sobre una fiera salvaje que desgarró los brazos de mi padre, puedo asegurar que la vi entre telones de seda, envuelta en una calavera que nos hizo gritar: ¡Basta! ¡basta ya! de tantas alucinaciones.

Ella disimuló su belleza entre mimos sarcásticos que hacían confundir a las momias; pensé que todos sus levantamientos la habían llevado a la locura, disimulando una belleza inigualable que la llevó siempre a rodearse de espejos, cosméticos, máquinas y botellas de licores enardecidos por las borracheras.

Después de la tempestad viene la calma, dijo mi padre todo descompuesto por el trasnocho y el azar de la muchacha encantadora que corrió atormentada detrás de su propia sombra. —Ahí va, parece un monstruo dislocado.

—Desgarbada, misteriosa y coqueta, tal como es, esa mujer es mi obsesión —dijo Emiliano

—Entonces llévatela de aquí —respondí dormido entre las fieras...

Apenas transcurrieron días del encuentro con la población despoblada que siempre estuvo presente en las embarcaciones de la medianoche, cuando apenas dormía entre sábanas metálicas, Ayoleida tomó las arrugas de su blanco rostro espumoso, cargado de llovizna expulsada en forma de humarada que formaron cielos y celajes en su sombra llena de espectáculos trasnochados y olientos a quemaduras de sol.

Ayoleida volvió a compartir la fatiga con los murciélagos. En la casa grande sólo se producían ritos y creencias religiosas heredadas sólo para mantener la existencia de seres extraños adornados con cayenas, malangas y helechos que fingían salir de los brazos de Ayoleida. Aquel día estuvimos juntos por poco tiempo, cuando se pronunció una vez más la rumbera de perfil africano que le permitió por mucho tiempo mantener a su hija entre el malabarismo y las paralelas que hicieron espejismo en la puerta que guardó en su vientre la magia de los movimientos que eran cuatrocientos pasos sobre pasado de peso subir la escalera y saltar sobre el escenario, Ayoleida recordó a Salomé con expresiones mágicas que acariciaron la cabeza decapitada que posábase sobre pensamientos fortuitos.

Detrás de las cortinas hiladas por metales defectuosos Ayoleida imaginaba árboles robustos, paisajes extraños, nacidos de sus propias entrañas, su rostro figuraba manotazos grotescos, muchachos húmedos; hijos suyos que nunca existieron.

Ayoleida se quedó dormida detrás de sus cuatro campanadas dentro y fuera de la fuerza primigenia que había en su imaginación. En la locura de la mujer de mis san-

tos sueños poderosos, estuvo siempre presente la expresión: ¡Ah mujer mía ésta! parece un exorcismo cubierta por doscientos cielos malignos. Cuánto la quise —dije—. Cargándola como siempre, el crucifijo de la virgen del Carmen fue parte de nuestra agonía sembrada en tierras estériles.

Para ella lo importante era vivir. Ahora bien, ¿vivir para que?, o ¿para quienes? —observé. Sobria y olienta a orín, de licor esfumada entre colas de murciélagos y estratos de cigarrillos, gateando entre perros y gatos de porcelana, recogía los juguetes preciosos y las telas viejas recién cortadas para vestir a las muñecas de trapo que eran su sueño favorito. Frente a ella estaba el cementerio de peluches, al este la peluquería y al oeste esperaban por ella los bufones en el teatro de títeres y marionetas manejadas en su imaginación podrida.

Me senté en torno suyo a contemplar mi otro tormento y comenzó pronto el agitado sudor a repartir la sopa del mediodía, las máquinas repitieron la misma historia, nadie pudo detener el tiempo; mi hermano vigiló el hervido herido que posaba su corta edad de mediodía sobre una cocina reconstruida, mientras Ayoleida practicaba el ballet clásico, o la danza contemporánea entre brillantes y colmillos de fieras precolombinas, sus extremidades se multiplicaron entre la luz y el espejismo para impresionar a los recién llegados que éramos trescientos adolescentes, ¡mírenla! ¡allá viene! gritamos todos en una sola voz.

Ayoleida se multiplicó en la velocidad de un potro salvaje que traspasó sus entrañas para parir una docena de perros encendidos por el fuego y malditos por los dioses del mal de rabia.

*Soy la propietaria de mis antepasados,
solía decir Ayoleida
enigmática frente a la luz
Carmen Delia la adormeció sobre la cuna amarga
cantándole boleros improvisados
Ayoleida sabía que todo fue un secreto
para las sombras y los murciélagos de todas las noches.*

Apenas era una caricia de ocho años de amores, con una carita metálica llena de metamorfosis, clavada en los brazos vellosos del tío Melchor, cuando éste se disponía a darle la primera comunión, repartiendo panes y conservas mojadas en un líquido rosado que nos hizo suspirar por mucho tiempo. El manjar abrió las puertas del apetito. —¡Qué rico está! —dijo Ayoleida con la voz de su fuego y las manos cargadas de golosinas y fantasmas que el tío de las barbas amarillas había conquistado en la selva de marruecos para retenerle el apetito.

Ayoleida sabía las consecuencias que nos ocasionaría la costumbre de endulzarnos la boca, todas las noches con el tío Melchor que había venido por unos días a curar las heridas de mi madre. Para nosotros aquella experiencia fue sagrada y consagrada por las bendiciones del tío y su buen humor para contarnos cuentos maravillosos en la noche más alucinante.

Había gladiadores entrenados especialmente para montar y domar fieras salvajes que bajaron de las montañas de San Bonifacio, con el fin de formar y conformar el espejismo con el que soñó antes y después de la medianoche.

Los malabaristas sabían que se jugaban la vida. Mi hermana Belkis tomó los audífonos para batallar con la fiereza de los cuadrúpedos, a lo lejos se oían sonidos de tambores africanos, todos fuimos ensordecidos por los gritos de la multitud que interrumpía con fuertes aullidos la sinfonía de Beethoven; la bailarina cayó desmayada en medio de la imaginación del público que aplaudió hasta agrietarse las manos. Todos caímos como rocas ardientes en la tempestad. Ayoleida había desaparecido de la escena. El espectáculo terminó con rugidos de fieras a orillas de una playa prohibida donde no hubo gavio- tas, cangrejos ni batracios, sólo observé manos ásperas, sombreros y colmillos viejos, todos recordaron pasados inciertos. Entre siluetas y frutas ácidas, volví al encuentro con Ayoleida, quien esperaba por mí ensalmada y desalmada sobre la tumba sagrada que jamás percibió los olores del cementerio.

Acantilado

El rostro de mi padre era un manantial lleno de arrugas amarillas, sin peces, sin garapiños, sin luces en las alas gigantescas de angoletas, las cuales parecían salir al trote, detrás de un centenar de caballos ardientes, haciendo figuraciones con la luna; partí rumbo a la población de los rabinos, con la idea de seguir viviendo como cavernícola que alguna vez construyó su templo e hizo cruces y procesiones sobre los hombros. La frente le brillaba y le lloraba sobre la tumba de mis tres hermanos que habían llegado de Cumanacoa con doce sacerdotes en un vehículo mal pintado y mal parado, con alones de sombra verde que cayó alguna vez de las lomas de San Lorenzo a las doce de la noche. Tres mujeres cubiertas con velos desde la cabeza hasta los pies, abrieron la puerta de la iglesia y cerraron el portón del cementerio, entraron a la casa que era como una ciudad llena de cuadros con patio de cañaverales y pájaros recién nacidos. Todos llegaron a consolarse con las flores que había sembrado mi madre en el jardín.

Como un instrumento ardiente, el tío Virgilio expulsó sus últimos quejidos sobre un colchón desgastado que era el único huésped de la casa grande cuando al tío lo derretía el asma y el hambre. —Enfermedad maldita esta —

dijo mi madre; alguna vez le hizo salir con exageración los huesos de la clavícula. Carmen Julia hizo detener las lágrimas al adolorido Caifás que jamás comentó sus dolencias. —¿Quebrantado yo? Las enfermedades son un mal irremediable —solía decir siempre, sentado sobre un mimbre lleno de murciélagos absurdos. El viejo hacía sus ejercicios metafísicos, envuelto en bejucos para ocultar las penas y los malos entendidos. La negra Andalucía recordó con dulzura, los encantos de mi padre cuando este montaba el caballo negro de la noche. Este día todos caminamos con la luna; fue el día más feliz de mi vida. Al terminar la faena (como siempre,) me hice acompañar con Diosgracia de la Cruz (supe más adelante que todas estas mujeres se disputarían el ataúd de mi padre). Los huesos del viejo andante, transformáronse en caminos formados por hormigueros que trajeron flores del desierto y las depositaron sobre los orificios cálidos, antes del mediodía.

Apenas había comenzado a llover, los lirios temblaban por el frío, parecían llenarse de gozo cuando rozaban con la piel de los lagartijos que esperaban entre las cruces de incienso y palma rosada preparadas por Diosgracia de la Cruz. —Fueron hechas para adornar los huesos de mi padre antes y después de la séptima sepultura —dije con la voz de los misterios.

Anduvimos remontando suelos infinitos donde el agua de la lluvia permaneció como una playa mágica llena de batracios y pececillos mágicos que flotaron en la superficie como luceros troyanos. —Ese muchacho es mi hijo —gritó mi madre; sorda y olienta a quemaduras: ahí estaba la mujer de los partos infinitos, esperaba por mí detrás

del portón para mostrarme las quemaduras y las morocotas extraídas del fondo de la tierra de las tres gracias. —¿Por dónde andabas hijo del alma? —preguntó mi madre— Llevo días sin comer y sin dormir, sólo he ingerido sol y agua; cuánto quería verte... Estrechamos los huesos, las manos y los pies, al fin y al cabo sólo nos quedó remontar la colina de aves donde alguna vez enterraron a mi padre; tomamos café y seguimos amordazados por reptiles que alguna vez hicieron de mí un cazador afortunado, montando y remontando tierras barbudas con unos pies que florecieron al pie de las tunas y eucaliptos. Quince años vividos en el encierro, entre cuatro paredes y un cuarto menguante donde dormíamos todos, con pájaros y murciélagos... Era la síntesis de las mariposas y de los aguaitacaminos y de una vida cargada y descargada de caminos, ríos, mares, frutas y pesadillas sin sueños y sin cobija. ¡Tiempos aquellos! Dios mío. Pasos y sobrepasos desolados con anzuelos y garapiños, emulando aleteos de pájaros indefinidos atrapados por el vuelo de la luna que siempre estuvo sobre mis espaldas, llegué solo al cementerio, los fantasmas salieron como sombras gigantescas a recibir a los enfermos que llevaba sobre los hombros.

*Ocurrió ayer tarde —dijo el catire Mejías.
Sentado sobre pieles de animales salvajes,
donde alguna vez hice la primera comunión
con los pájaros y espantapájaros
a orillas de un río fallecido,
remontando montañas infinitas,
hallé mi propio cadáver.*

Antes éramos doce, ahora somos treinta y tres luceros — dijo Marcelino. La mujer de todos los hombres anda suelta por esos montes de la misericordia. Ella compartió los huesos de mi padre y del abuelo José Lucio, para luego resucitar entre los muertos.

Allí estuvo siempre entre el uso y el mal uso de su cuerpo, el mal trato y la decepción de vivir con hombres mal agradecidos. Cayó la noche, parecía noche buena para Andalucía y noche eterna para Diosgracia; Marcelino la amaba con ansiedad hasta masticarle los huesos y echarle los tuétanos a los perros.

Todos sabíamos que la mala noche era para mi madre. Ella le curaba las mordeduras con agua de sal y frutas ácidas. —Cálmate mujer de Dios —le decía—, que a ti nadie te mandó...

Diosgracia prefirió encerrarse en la vieja casa donde había que colgarse del techo como murciélagos con aleteos de la mala muerte. Esperando la llegada del tío Pedro Antonio, para espantar a los pájaros mágicos que me hicieron perder el sueño y la tranquilidad de la noche, noche de quejidos, noche de lágrimas, noche de perros para la abuela, sonámbula frente al espejo que hizo multiplicar sus arrugas, sus lamentos y los viejos recuerdos cargados de pesadillas y alucinaciones mágicas. A la abuela se le había desprendido la mandíbula por trigésima vez. —Pobrecita —dijo el tío Pedro haciendo oraciones sonámbulas para acabar con aquel martirio.

—Mi madre aun llora su muerte —dijo para sí con las orejas prendidas en fuego.

Bajamos fatigados por el polvo y los olores fétidos del

cementerio con Andalucía, Carmen Julia y Virgilio; treinta hombres y un adolescente de catorce años cargaban en los hombros el dolor y la gracia de los hombres que alguna vez llegaron a estas tierras derrotados por la ignorancia. En el techo de la casa húmeda había un pájaro hecho con papeles mal cortados, todos lo creían vivo, parecía haber caído del cielo, alguien corrió a recogerlo con las manos mansas, y sólo halló sombra y más sombra que hizo ahuyentar el espacio. Allá en lo más alto de la montaña vivieron por mucho tiempo mis padres, mis primos, mis hermanos... Andalucía y yo éramos dos criaturas rebeldes, perdidos en los pasos de los cazadores que remontaron el Cerro de Pan de Azúcar. Al tercer día nació mi hermano menor, nació la luna y nacieron los quebrantos de salud para mí madre (criar de nuevo a los cuarenta y cinco años).

Aquella nochebuena de Navidad salí corriendo en busca de los espantapájaros para asustar a los recién nacidos; mi padre aún no había regresado de la muerte, estaba impregnado en mis sueños, en la pared, en el espejo; en todas partes estaba el retrato que siempre exhibió a propios y extraños, abrazado con las treinta mujeres que le devoraron su sueño; al fin y al cabo había que recordar el salmo responsorial de todas las noches mientras la cuna se mecía con el viento, mi madre amamantaba la décima criatura nacida de su vientre.

Figuraciones

A la tía Tulia Fariñas

Tulita Enríquez decidió marcharse con mi madre a la peña de los encantados, a la peña negra y misteriosa que la noche había creado para el refugio del sereno y las mariposas acuáticas que salían de la tierra en épocas de lluvia y vientos huracanados. Antes de despedirse de los gallos cantó con voz misteriosa hasta llenar el bolso de ropa indefinida: recogió el papel celofán que dormía sobre el mimbbrero, cerró las persianas del cuarto menguante donde tantas noches, como éstas, soñó y lloró por nosotros y para nosotros; ató con hilo duro los dibujos que había realizado en la escuela de arte y oficios. Tulia se fue sin una lágrima en la memoria, se llevó los pigmentos pero nos dejó el arco iris que alguna vez manchó sobre los espalderos de la cama, para recordar sus alucinaciones.

En la plenitud de una vieja orilla de Playa Colorada, amancimos dormidas sobre un pecho peludo que nos hizo revolcar en la sábana de arenas, dando gritos a diestra y siniestra. Eran los espantapájaros. A Tulia le agradaba verse hinchada sobre los hombros de los espantapájaros cuando éstos nos sacaban a pasear por lugares maravillosos, lugares próximos a la muerte y al disfrute de algo extremadamente bello que nos permitía imaginar vidas prodigiosas.

Ambos éramos de piel oscura, piel explosiva y productiva, piel fuerte con ritmos de tambores, bailoteando al miedo del gigante dorado y adorado, que posábase vigilante sobre las rocas podridas. Así fuimos por mucho tiempo hasta que llegó la “civilización” y transformó nuestro semblante a imagen y semejanza de dioses falsos; dioses ungidos en las quemaduras de mis antepasados, contruidos con yeso, porcelana y tierra prefabricada.

Nuestras manos estaban sembradas en el jardín del tío Pedro Alcalá, allí crecieron entre cayenas, espejismos y anguilas; la tía Tulia las sembró para extraer aceite de flores, luego lo envasaba en alambiques de cedro mal cocido para untárselo a los muertos de la medianoche.

En el jardín había una infancia trasplantada en boca de calle para dar la bienvenida a la tía Tulia que había caído sobre el sofá mostrando un cansancio de vejez y tormento en la precocidad de su piel. —Esta es su casa mágica y magnética, tía del alma —le dije con asombro al verla acabada y maltratada. Para ese entonces no hubo pájaros, ni algodones que absorbieran la sangre de esa herida tan grande que llevamos en el alma.

Con movimientos grotescos descubrimos hambre en el interior de nuestras vísceras, algún latido extraño nos hizo marchitar las cayenas que llevábamos impresas en la cabellera rosada, impusimos los pies de gansos debajo de la mesa redonda para disfrutar de la cena que nos había preparado la india Candelaria Sifontes. El sudor chorreaba se la frente desfigurada de la tía, haciéndole agujeros transparentes a la alfombra que cierta vez pudo haber sido el traje de bodas de la tía inmaculada y Salvador Fariñas.

—Mátame el hambre, huesos de mis huesos —dijo la tía

entre murmullos de sombras—; haz conmigo lo que quieras, hambre de mis hombros, ataúd de mis antepasados; quisiera masticar los dedos, las manos y los ojos del pescado frito que relincha sobre esta mesa sagrada que cada vez me hace ser imposible ante los muertos, que oran por mí todas las noches a orillas de esa playa callejera que rompe mis pies con sus manzanas podridas.

En esto apareció el silencio de las dos viejas viudas; que amamantaban a los perros que habían regenerado a las doce tribus de Puerto Ayacucho. Por largo rato lloró la india hasta decir: ¡Basta! ¡basta ya! de tanta vaina, ¿hasta cuándo se comen mis vísceras los parásitos de esta tierra endemoniada?

—Hasta mañana vieja —le dije—, deja los sobresaltos y los malos recuerdos y ven conmigo que allá arriba nos espera José Mercedes.

Con los ojos entreabiertos caminamos sobre pieles de cangrejos y vegetales recién nacidos, los cuadros del pasillo eran de mosaico dorado, las paredes reflejaban espejismos con formas casuales, semejantes a carabelas y torsos de mujeres desaparecidas.

Arañando el río de hormigueros la tía Tulia Fariñas quiso manifestar su pasión por las artes marciales, situada siempre en lo imposible, quiso remontar fieras salvajes y gritar hasta que se le desprendieran los dientes amarillos y cayeran como luciérnagas en el mar de las carabelas.

Habrá que vivir de alguna manera aunque sea pegando gritos y haciendo figuraciones falsas por esas calles inmundas donde la gente suele encontrarse para hervirle la sangre al quebrantado sol y a los aguaitacamino y a

los murciélagos y, por qué no, a la muerte que siempre anda realenga por allí para asustar a los fantasmas. La india era hechicera y solía arrollarse en las quemaduras exquisitas que le producían sus treinta ojos de tortugas.

Con la tía Tulia se podía vivir entre telones de piel, sin utopía pero con mucha imaginación, tomando de vez en cuando la exhibición de los cuerpos muertos en la arena de la Playa Colorada, donde solía revolcarse con las mariposas y los cangrejos degollados, por los pies y tras pies de los muchachos que corrían detrás de sus sombras.

Apenas habíamos caminado cuatro cuadras entre vehículos y diálogos imaginarios sentí la voz fuerte y dulce de la tía.

—¿Llegamos a la cueva de las mariposas? —preguntó entre silbidos de pájaros atormentados.

—No, tía, estamos en el parque Guaiqueri —respondí para calmarle la sed a los espantapájaros que llevamos impresos en los hombros como fieras salvajes.

—¡Ah! Guaiquerí... Ese nombre está en mi sangre, lo llevo hasta en el hambre, desde mucho antes del nacimiento de esta ciudad, donde nació y murió la misericordia.

Fatigada entre telones de toses, brincos y sobresaltos, la tía compartió con la luna hasta ocultarse en la grama y el delirio de las frutas cítricas que caían de los árboles en forma de llovizna tormentosa.

—Toma esta fruta, cómetela —me dijo—, después comeremos algo mejor.

No bastó el telón de caricias y el humor de la medianoche para recordar el nacimiento de mi madre sobre la madre

selva. —Bienaventurada mi madre y la tía y todos mis hermanos —dijo la india hechicera. Al fin y al cabo todas teníamos el mismo rostro, la misma procedencia y el amor impregnado en otra piel; ambas hicimos figuraciones con las sombras y amasamos huesos indefinidos para lanzarlos al mar de los espantos donde habitaron seres infinitos que nunca la tía Tulia pudo desenterrar de su alma.

Guaicamacuto

En verdad todos fuimos soñadores antes y después de la aparición del cacique Guaicamacuto en el manantial de Isabel Coronado: allí estuvo plantado como una sombra mágica y fea que asustó a los espantapájaros. El indio dormía profundo, cargaba la memoria sobre una piel áspera llena de lunares prodigiosos. Aquel día renacieron cielos y recuerdos a orillas de la playa rebosada por el agua de llovizna verdusca y parda donde dormían libélulas y flores negras nacidas y criadas en el vientre de la tierra donde reposan los huesos de mi padre. En el patio de la casa había fuego peligroso y exquisito. Doña Remigia hacía la melcocha con el papelón de los avisperos, tendida frente a la malicia del fuego. Mi madre hacía magia con sus dolores de cabeza, tendida en el pasillo de los santos, donde nació el espejismo de las ánimas embrujadas por la luna y la mala costumbre de estar creyendo cosas incoherentes. El cacique se alimentaba de los aromáticos vapores que salían del fuego. Cada quien se disputó la sangre del aventurero, que fue desgarrado por las fieras mientras yo cargaba el ataúd de mis tres hermanos recién nacidos. Remigia fue la mujer de los remedios hechos con huesos de perros maltratados para curar la taquicardia a los muertos. Mi abuela materna y madre de la misericordia adornaba y adoraba a los ma-

labaristas de la fauna, con trajes apocalípticos de fabricación azteca.

La abuela mantuvo siempre sus falsas creencias entre el fuego y la tempestad; su imagen interior reflejaba rostros mágicos que solían asistir al rosario de todas las noches. —Así nacimos y así moriremos —dijo la abuela calmada por el frío y las arrugas dolorosas de la noche; más allá del encuentro con la muerte estuvo presente la imagen de mi madre llena de respiraciones profundas que la hicieron volver a encontrarse con sus viejas dolencias; para ese entonces la abuela había muerto en una población árida donde los hombres como el tío Pedro tienden a desaparecer detrás de la puerta.

I

La cronista de Indias apareció amasando arcilla a orillas de un sol naciente que hizo llorar a mi madre cuando ésta peinaba la cabellera azul marino de la abuela hundida en las protecciones mágicas de los monstruos marinos y gaviotas atrapadas en garapiños que hacían gritar a mi madre hundida en una marea de flores. La fuerza extraordinaria del indio negro Luis Emilio Manrique llegó a romper el compromiso con la tierra prometida. Entre oleajes y formas fortuitas llegamos al puerto de los encantos. —Ahí está, míralo, parece hundirse en mi memoria...

Guasimal era una zona poco poblada; allí estuve cierta vez con Justina y mis tres hijos, cubiertos por la sombra

de la abuela María Febres y la visita Ángela Silva; ambas domaban las fieras que aparecían en la medianoche. El abuelo José Lucio anduvo a caballo montado sobre la luna y el espejismo. Entre sueños y pesadillas recogimos los frutos de la hacienda La Fortuna y los echamos a rodar como piedras. El abuelo acomodaba la historia de los inmigrantes que llegaron a la peña en un barco cargado de vegetales y ropa de contrabando.

El único parentesco que podría conciliarnos era el haber nacido sobre la misma tierra, cargando el agua de la lluvia en los hombros para luego depositarla en tambores de metales podridos.

Nos acomodamos quizás en la zona más incómoda de la casa vieja y espesa, donde la tierra descolgaba su colorido, tierra maltrecha, la de mi padre, calcinados los pies, puestos al sol durante tres siglos de torturas, su consuelo estuvo amparado en sueños que dialogaron con sus propias figuraciones —aquí no llegan las fieras ni los encantos, ni los muertos, ni nadie...

Con la piel parda del indio negro formamos una constelación de mentiras, los empeines impregnados en mi piel construyeron expresiones grotescas semejantes a flores marchitas al pie de mis pulmones, nacieron mis ocho hermanas, todas indígenas mal encaradas y benditas. Los habitantes de Chiguana las miraban con malos ojos, con malas caras y con malos carajos... —Salgan, salgan de este pueblo calcinado —decía con amargura Candelaria Manrique—; salgan de aquí pájaros de mal agüero, salgan, salgan que esta tierra es prohibida, aquí sólo vivirán las fieras de mi alma.

II

—Tres siglos no bastaron para los trescientos pasos que estuvieron impregnados en mi memoria los cuales me permitieron recordar a mis ancestros —dijo el abuelo José Lucio—, mis mujeres no se van de aquí —concluyó con violencia, golpeándose las manos llenas de sueños y pesadillas.

En Sabacual existió un yacimiento arqueológico, un cementerio de indios calcinados; en Guasimal también lo hubo, en Campoma está mi madre y aquí yace mi padre, mi primo Juan Alfredo y mi hermano; todos murieron en la guerra de los invasores del muelle del camposanto para calmarle la sed a los camellos, perforadores de la tierra.

Isabel apadrinó a los incautos antes de mi nacimiento. Ella no existe entre nosotros pero yo sí... Aquí se hace y se cumple mi voluntad. El indio entregó las ofrendas, besó las palmas de la tierra prohibida y prometió casarse con Emilia.

—Desengáñese, viejo, que los Lanza no mandan más aquí —dijo mi madre—. José Lucio murió hacen muchos años —recordó, señalando lugares extraños—; aquí yacen sus huesos, su primavera, su invierno y los trasnochos que me produjo las mil noches que estuvimos juntos.

Si alguna vez soñamos con ser felices sobre estas tierras, habría que desintoxicar la historia y eso es imposible porque los días se repiten, el discurso se pierde y los acontecimientos de la magia desprenden la luz amarilla de los espíritus; mi madre recordaba con vehemencia sentada sobre su dormidera amarilla.

El abuelo se posó sobre el algarrobo, pensaba y murmuraba

ba, el chinchorro fue pequeño para tanto cuerpo. Apenas salió la luz entre las palmeras, todos comenzamos a salir como espantapájaros para asustar a los muertos de la medianoche. Doña Remigia sirvió café y pan salado a los recién llegados, el abuelo y mi madre estaban frente a la ventana como un retrato renacentista hecho por un autor desconocido, ambos sabían que pronto íbamos a ser sometidos y transformados por aquellos forasteros que alguna vez salieron de la tierra como fieras salvajes, en busca de aguas termales y metales preciosos para endulzarles a sangre a los hormigueros que hicieron espejismos sobre la tumba de una generación de seres imposibilitados por la ignorancia y el mal vivir.

—Cuánto me duele no haber amanecido con los dos ojos de la cara —dijo la india Remigia, apoyándose en los hombros de bronce del cacique Guaicamacuto.

Mariches acaba de llegar, dijo alguien con voz de redo, con la mirada perdida entre la sombra verde de la montaña. —Guaicamacuto también está entre nosotros —dijo la tía Mercedes—. Ambos lucharán por nuestra salvación.

Atanacio

El hermano menor de Atanacio regaba el desorden de la hierba, montado sobre el corcovo de una manguera oxidada que caía de los apamates como una lluvia espesa que enredaba los pies de los aguadores que alguna vez hicieron caer llovizna sobre mi cabeza. Los insectos que eran hormigueros malvividos ladraban como perros a la sombra cuando ésta se empinaba como hombres escondidos detrás de la tempestad; mientras yo permanecía sentado sobre las piernas reumáticas de la abuela. Los hijos de Carlina Maiz mordieron la sombra como perros envenenados por el mal de rabia. Los perros eran de Atanacio Lezama, las sombras, los árboles y las mariposas, pertenecían a la grandiosidad de mi madre. En el patio de la casa había una huella confusa que envolvió el ánima del viejo Atanacio, ánima sombría que salía a medianoche a decapitar los pasos de las caminadoras de todas las noches y los días, antes y después de definirse como un ser perseguidor de hombres extraños. Recordaba con dolor sus falsas energías, cuando pensaba en el garapiño que llevaba impregnado en los anzuelos; Atanacio llegó a esta casa sin cobija y sin el café que le quitaba el frío y el sueño podrido que le salía del corazón. El cielo ultramarino llenó el vacío que había en mi memoria para desmejorar los espacios bulliciosos que salieron de la ima-

ginación. La tierra cayó como un cascarón de serpientes que disimularon la derrota de los perros envenenados. Pobre patriarca; aún recuerda las mordeduras del infierno, mi padre sollozaba recordando los cuerpos extraños.

Hablando con los seres calcinados y haciendo gestos extravagantes, Atanacio y Carolina Maiz se encontraron un buen día de pie, sobre un hervidero de plátanos y helechos endemoniados, todos cocidos por las pulgas y las garrapatas salidas del vientre de la tierra. Ambos parecían dos pedazos de troncos impuestos en el camino de arrieros y hombres trasnochados, donde se posaban entre otros; Brígido y Juan el espantapájaros dormían de pie en medio de un cuerpo de agua verdusca, donde las libélulas y las ranas hacían el amor verdadero como una ofrenda religiosa para alegrar a los dioses, que eran dos pedazos de hielos amargos salidos de las salinas como fuegos envenenados.

Atanacio había nacido con la silueta de la noche, todos los días nos amábamos, dijo alguien, como si fuéramos cualquier cosa que anda y desanda entre murales del cielo. El hombre continuó promulgando oraciones inciertas, montando y remontando la montaña de terciopelo; nadie pronunció palabras, los hombres permanecieron hinchados frente a la llovizna, para recordar a las rapiñas que venían en la noche a alimentarse con mis vísceras.

Seguimos imaginando cosas extraordinarias, amasando sueños involuntarios. El caballo siguió con su laberinto hasta despertar a los gallos, al tercer día llegamos a la laguna de Tarabacoa, corrimos como locos, lanzando manotazos inciertos para espantar a los malos espíritus, con pedazos de ramas aromáticas quisimos razgarle las vestiduras hasta gritar: —¡Trueno, trueno...!

—Por poco nos tragan los truenos —dijo mi madre—; qué mal gusto tienen estos infelices seres —prosiguió espantando figuraciones de murciélagos que dormían sobre el cielo de espumas enmarañadas—. Salgan, salgan de mi cuarto, pájaros de mal agüero, salgan, salgan que la noche es larga y la suerte es pasmosa.

Atanacio hizo presión con más fuerza en el pico de la manguera; hubo ferocidad en la presión, en el agua, en la sombra verdusca. Atanacio cayó como un plomo de rodillas implorando a los cocodrilos mágicos que dormían sobre la tierra estéril. La expulsión del mal de rabia y la desintegración de los hormigueros fue la única posibilidad de vida para los perros cazadores que vivieron con los espantapájaros en la casa de Lino el aventurero. —Todos parecen dormir sobre las urnas de contrabando —dijo mi madre, rociando perfumes de tierras y vegetales. —Los cazadores mataron a los perros y la luna cambió la meneguante —indicó Alejandrina Morante. Los pies se calcinaron y los hormigueros ingirieron huesos y lirios podridos para curarles las heridas a los perros recién nacidos que llevábamos en los hombros como una calumnia maldita en tiempos de cólera y malaria.

Atanacio subió y bajó el ataúd en la puerta del cementerio. —Sabrá Dios de quién serán esos huesos —dijo—. ¡Ah! sean de quien sea los enterré en mi propia fosa, mañana amanecerá la piel carcomida de gusanos inmundos. —La piel de los hijos de Carlina se la comerán los perros —dijo Atanacio con voz de amargura. El cuerpo de mi padre flotaba sobre la arena caliente de la playa para calmarle el vicio a los parásitos engendrados antes de su nacimiento. Alguien nos miró con desprecio, Atanacio

recordó sus andanzas con mi padre cuando montábase sobre sus hombros y jugaba caballito, caballito, hasta seguir rumbo a la Gran Sabana del playón dorado donde dormían los desterrados, entre ellos: Brigido Juan Chavá y el profeta Jesús Ramón Antón.

La plaza de piedra era un pedazo de playa que nos hizo recordar al héroe de la resistencia cuando el mar se le abrió en dos partes desiguales para salvar a sus hijos prodigiosos. —Le vimos desprenderse de las cadenas del cielo como un avestruz —dijo mi madre. Salimos disimulados por la sombra que apenas se asomaba por la ventana, corrimos en busca de vidas recién nacidas, sólo hallamos maldad y agonía en la frente desprendida de la cabeza que rodaba sobre colmillos de fieras salvajes. Atanacio fue prisionero en la tumba que dormía a treinta metros de mis pies y a trescientos metros de las mariposas. —Atanacio se hundió entre ladridos de perros —dijo Alejandrina. Los carabineros volvieron a jugar con las marionetas detrás de los apamates, como si no hubiesen pasado el susto de la muerte y la resurrección. —¿Qué más? —preguntó mi padre. Atanacio juega con las carabelas y nosotros nos limitamos a recordar lo que antes se nos había prohibido, para bien o para mal...

En esto surgió en mí un malestar de esos que se presentan cuando se es malagradecido; pensé que en vez de flores y oraciones, Atanacio merecía otra cosa ¡ah! ¿qué otra cosa se pueden merecer los muertos? ¡que vayan todos al carajo!, ellos sólo producen hierbas, lagartijos y miedo, mucho miedo...

Leslie

A Eduardo Leslie (Lalo)

Leslie llegó ayer tarde de Puerto Arturo, con las nanos abarrotadas de mango verde y ramas de guayacán, llegó frío con las plantas de los pies desgarradas por el peso de los años y la fuerza de los huesos que parecían piedras arrastradas por una calle larga e infinita. El hombre masticó las frutas verdes, quizás por la desesperación que le produjo el dolor y el hambre, la dentera pasmosa le desgarró los labios, la sombra amarga le hinchó el cuerpo lleno de ropas mal cortadas y mal vividas ¿y la luna menguada? preguntó alguien, ¡ah! ¿la luna? la llevo aquí en lo más ¡profundo de mi alma, donde reposan mis alucinaciones... Su mujer era Violeta, con treinta y tres años y tres hijos, dos varones y una hembra. Un saco roto sobre los hombros hizo caer las manos viejas y el rostro cargado de trasnocho del hombre que alguna vez fue cazador de peces y aves de rapiña, remontando cerros y colinas, habidas y por haber, entre luces de linterna y sobresaltos de marea y disparos de escopeta. Bang, bang, bang, el venado ganó la partida al cazador. — Los mangos verdes cayeron al precipicio — dijo mi padre retomando las pesadillas que lo hacían flotar en el desierto.

Ahí está Leslie, todo maltrecho —dijo mi padre. Los agujeros de la noche le hicieron salir los huesos de la carabela. El hombre prohibido para el sol y para el amor de Beatriz

Candurí pensó y repensó en la mujer enferma y enfermera que alguna vez fue su martirio, y su dolor de cabeza de todos los días, todos los hombres tenemos nuestro dolor de cabeza, solía decir siempre el hombre manso cuando alzaba la cabeza grande y se miraba frente al hospital de espejismo que le hacía pensar en inyecciones y curaciones malsanas. La noche olía a medicamentos preparados exclusivamente para la curación de los muertos. La trementina siguió haciendo efectos graves en la respiración de Leslie, cuando éste se dispuso a pintar su décimo autorretrato. Las manos de Beatriz llegaban silenciosas y acariciaban el cuello largo y áspero del hombre nervioso y temeroso que tomaba pigmentos de alguna paleta de metal que le calcinaba la yema de los dedos. —El pintor muere detrás de las cortinas de la noche —dijo para sí lanzando pigmentos dorados sobre un lienzo oculto en la memoria.

Leslie había llegado a Cumaná a estirar la espalda, el cuello y los músculos, trotando a orillas de una playa callejera, soñaba en recobrar la fuerza perdida, quería retomar el pincel y la espátula para transformar el paisaje que había en sus ojos. Cierta vez supe de sus andanzas cuando era muchacho peregrino que hacía dormir a las fieras salvajes en medio de la tempestad, las chicas le huían por el temor a ser domadas y puestas como culebras abrazadas a su cuello.

Leslie anduvo como siempre, vestido de espantapájaros, disputándoles los pájaros y las frutas silvestres a los hijos de Alejandrina Coronado, cuando éstos prendían las piedras y los palos que arrojaron ramalazos al suelo, para luego salir con las manos en alto y los pies acribillados por balazos de ampollas y decir entre carcajadas «yo no fui, nosotros somos incapaces de hacerle mal a nadie»,

parafraseando mentiras lujuriosas llegamos a la casa, sospechoso él y temeroso yo, mientras el primo Perucho decía con voz entrecortada: «Yo no he alcanzado un mango de ese árbol, ese monstruo es mi sombra, es mi dolor de hambre, plantada sobre mis vísceras que parecen salir por mi boca, ese es el árbol mágico que alguna vez posó sus raíces sobre la ignorancia de quienes nunca creyeron en mí...».

Tomando té en el cafetín de doña Clementina Barboza, escuché a alguien decir «no lucho más por esos desgraciados, la huelga de hambre me tiene desgastado, apenas me quedan los huesos para pensar en mí...». Era la voz de Leslie, era la voz de mi padre, era la voz del mundo. En esto cayó la noche y todos fuimos moribundos a orillas de los pies de San Luis Tercero.

No hubo tiempo para jugar con los gatos, que alguna vez sirvieron de alfombras a mi almohada. El cuarto de Leslie estuvo oscuro toda la noche, la alfombra de los gatos le cubrió el cuerpo metálico. —Cuando ardo en fiebre sólo los gatos amanecen conmigo —decía entre ladridos y pesadillas convulsionadas.

La larga noche de insomnio hizo flotar animales mágicos que hicieron vida en el cielo raso, en lo más profundo de la noche y el día, los pájaros eran aguaitacaminos, eran los espantapájaros de Leslie, eran los fantasmas de la muerte y de la vida. —Ahí están; mírenlos, mírenlos; parecen focas marinas expulsadas de los más profundo de mis vísceras.

Apenas Leslie comentó lo vivido y mal vivido, buscó su otra existencia en el arte, quería encontrarse a sí mismo,

dibujó y desdibujó el dolor y la fuerza que era su figura más violenta, la misma que cierta vez le aturdió el sueño, que era su única existencia y su única razón de vida.

—Antes de| amanecer iremos al pasillo —dijo—; ahí existen cayenas, helechos y las malangas que son mi debilidad; todas posarán desnudas ante el altar de mis sueños, ante la muerte posarán...

Leslie era un pintor agresivo, levantó las manos, recogió el caballete, habló en silencio con la sombra verde y elevadiza que rompió la bombilla, prendió un emprendedor en el rostro de yeso que era su viejo modelo antes y después de la media noche.

A la luz de unos ojos fríos, Leslie desvistió los personajes brillante y oliente a linaza: fijó los lienzos en la pared, y comenzó a lanzar pigmentos, y cosas extrañas como un loco recién salido de la caverna.

Los pigmentos gotearon como lluvia anaranjada de la bolsa de mango que colgaba de la vitrina; el gato Fidel tomó las frutas amarillas y las dejó caer sobre la mesa. —¡Magnífica composición! —gritó Leslie.

En esto alguien lloró, el cadáver del felino recorrió todo el cuerpo de Leslie que dormía sobre el abismo de una mujer recién parida que alguna vez dejó de llamarse Beatriz Candurí. —No más recuerdos, basta ya de tantos recuerdos —gritó Leslie hecho fiera salvaje.

—Beatriz, mis hijos, los gatos, los perros y las frutas son la totalidad de mi existencia; déjeme vivir en paz —prosiguió Leslie haciendo estremecer las esculturas con bostarrones impropios de su mal apetito—. Esta vaina se acabó, ni los gatos, ni Beatriz, ni el pigmento, ni Alejandrina

Coronado podrán ser expulsadas de mis sueños... Ellos son los pies de mis antepasados.

—Te volviste a orinar la cama, muchacho del demonio —dijo mi madre—; ya tengo artritis en las manos de tanto lavarte la misma sabana, llevas veinticinco años con el mismo vicio, levántate y anda que ese cuento lo tengo escrito en el alma, quizás desde antes de mi nacimiento; así que déjate de esas sinvergüenzuras y anda a guardar esos bultos que debes estar cansado. Mañana vendrá Beatriz a disputarse con Alejandrina todos los hijos que tienen de ti, de la tierra y de tu mala memoria.

Leslie salió con mi hermano menor a recolectar semillas de almendrón, salieron descalzos, con sombreros y sin cobijas en el pecho ancho y musculoso, Leslie llevó siempre en su rostro oscuro la imagen y semejanza de un indígena azteca, elevado y labrado a través de una piedra tallada que alguna vez convivió con los cánticos y silbidos pronunciados por mi padre para desintegrar los cascabeles que bajaban del cerro Quetepe. Mi padre era igual que Leslie, mágico y oloroso a quemaduras de sol, nacido en esta tierra, corpulento y hacedor de máscaras y tambores golpeados con la fuerza africana.

Leslie se despidió una vez más de nosotros y de la magia que hacía con los pigmentos, para regresar al fuego del Turimiquire. —Quiero regresar a mi propia corteza, a mi propio árbol y echar raíces fértiles —dijo entre telones de lágrimas y despidos callejeros.

Leslie se despojó de las vestiduras africanas, arrojó al precipicio todo cuanto había en sus manos y dijo con voz entrecortada, con voz loca y amarga: —He perdido la pa-

ciencia y la transparencia del alma, perdí a mi madre, a mis hermanos y a mi mujer, en fin lo he perdido todo... Tomen estas ofrendas [observaba el surco de mariposas trasnochadas] aquí dejó mi piel de hechicero, échenla al fuego y guarden luego el humo, la constelación y las cenizas sobre la tumba de mi padre.

Pichilingo

A Belkis y Omaira Lanza

En aquellos tiempos mi madre confesaba ser una mujer agresiva y soñadora que solía remontar cerros amarillos, veredas de vientos y cañones florecidos para adornar la ilusión de las parturientas que respiraban profundo para emitir sus sombras en los momentos más inoportunos, para luego expulsar sus dolencias endemoniadas. Mi madre acudía a los lugares más remotos en busca de preesas doradas engendradas en el vientre de mil mujeres embalsamadas que sólo les agradaba parir hasta caer sobre la muerte que habitó en las sombras de los hombres trasnochados. Acompañados por la luna de los espantapájaros, observamos la caída del cordón umbilical que prendía del cuello de los cazadores nocturnos; disfrutamos de un exquisito banquete de relámpagos tumultuosos, hasta amanecer tendidos sobre tierras profanadas por la química, que llenó las manos milagrosas de mi madre.

—En ese lugar vivió el padre Aguacero —dijo la tía Clementina.

Era tarde para dormir sobre los pies; remontamos los huesos de las piedras agresivas, el gesto del placer está impregnado en mi alma, desde lo más alto, indicó la mujer de los siameses. Observamos la tierra cálida; llena de perros huesudos que ladran cuando las momias anuncian

su presencia en la exquisita oscuridad de todas las noches. El hombre misterioso era una especie rara, relleno con trapos oxidados y almohadas mal cocidas y mal vividas que penetraban nuestro cuerpo como una sombra llena de pájaros de mal agüero. El animal mamífero entraba a la casa de los Isidoros cuando mi padre aún no había salido de las sombras amarillentas que producían en los cuerpos barbaros tempestades amargas.

Ese hombre está impregnado en los huesos de mi alma como un ataúd obligado, que algún día deberá enterrarse en cualquier cementerio. Mi madre hablaba con las momias cuando estas ingerían café con una cruz podrida y una masa de flores verdes que parecían salir por el vientre de las mujeres que dormían sobre mis huesos. —El cundeamor floreció sobre las palmeras —dijo el padre Aguacero. —Estas flores se las comerán los zamuros —indicó el tío Guaco Reinoso haciendo señales milagrosas con incienso y humo verdusco que salía de la boca llena de alucinaciones. Quise recordar con la voz misteriosa de mi padre aquellos momentos en que el cundanini de los dioses impedía dormir temprano dando lugar al aparecido hombre relleno de maldades (hombre rojo, fantasma cargado de peces en pesadumbre). ¿Quién será?, pregunté ante tanta confusión. Nadie respondió; sólo las vísceras de la noche pudieron arropar el cuerpo grotesco, lleno de vellosidades amargas... El misterio estaba impreso en mis huesos desde antes de mi nacimiento; aquel ser parecía una estampa prepotente, un ser robusto cuya presencia era tenebrosa y parda, como los pardos de la noche trágica, los gritos hicieron estremecer mis lecciones digestivas, las paredes de la casa de los Isidoros repitieron el eco. Los alaridos interrumpieron el diálogo interior que

alguien pronunciaba sobre la ventana. Las expresiones del padre Guacarán rompieron con el dolor de la noche y la sagacidad de los pájaros grotescos que llevábamos impregnados en los hombros como dos huellas indefinidas, huellas de cangrejos corriendo detrás de las luces, con el fin de acaparar a la sombra verdusca de la noche. «Esta noche los llevaré a la cueva santa de la bruja de mi alma, encandecentes», solía decir el virtuoso enmascarado, haciendo figuraciones abstractas detrás de una cortina roja que expulsaba colorantes absurdos. De esta manera quisimos dormir temprano al pie de un camarote donde había duendecillos desterrados a orillas de un manantial agresivo donde mi madre nunca estuvo presente; quizás por temor a ser descubierta por los caminadores de la luna. El padre Guacarán y el tío Perucho fueron nuestros invisibles defensores después de la prédica; nos orinamos el colchón, las sábanas, las almohadas y las sabanetas tejidas con formas de mariposas construidas por hilos metálicos. La cama fue una orilla de río cálido donde las mantas absorbieron la sangre de los pájaros. La supuesta bestia sagrada y salvaje tenía por costumbre caer al piso verde para impresionar a las sombras de su propio quebranto, produciendo formas rituales, formas sin misericordia, las cuales alarmaban a la vecindad dolorosa y cómplice de todos los actos fúnebres de la noche, quizás por permitir las hazañas del malvado cazador de arañas, gritos y quejidos de medianoche. Estuvimos trescientas horas de pie como unos alucinados que jamás pudieron ser felices para alimentar la dulzura de los lirios nacidos sobre la ventana húmeda, salimos arrojados por una cortina de plagas y parásitos inmundos, hasta llegar al encuentro con los espantapájaros... cierta vez la bestia salvaje, grotesca y

bella cayó sobre el mosquitero que cubrió la cama donde dormíamos junto a los tres hermanos de la misericordia, más la abuela Fítica Mundarain; la fiera cayó como un murciélago prehistórico, envuelto en las telas oscuras y flores negras puestas sobre el dolor de todos los días. Cargando envases malignos el animal precioso colocose dos alones en el pecho que produjeron gritos en el cuarto; el mal de achique produjo en mi cuerpo dolores de cabeza y para calmar la sed y el hambre de las mulas, que más que bestias eran dos pedazos de sombras dormidas sobre el pecho peludo del padre Aguacero.

Los malabaristas fueron mulas que salieron a disfrutar la vida de circo que antes tuvimos. La fiera se levantó del piso como un animal cualquiera, pero con el corazón y el alma llena de miedo y maldades oscuras que no eran más que papeles y aserrín podrido. Aquel día nos asustó toda la noche, no hubo lunas ni lunares en la memoria, tampoco hubo saleros ni pájaros mágicos en el cielo raso que adornaron el pedazo de playa que estuvo pintado en la pared por mucho tiempo. No hubo sentidos que permitieran escuchar la voz de mi tormento en medio de aquella tempestad humana. En ocasiones adversas imaginé al hombre como un monstruo mal querido, como el gorila de todos los días, que paseaba sobre las sombras para luego descubrir el fuego de la noche, ayer lo vi por vigésima vez montado sobre el techo, lo sentí llorar con hambre, quiso ingerir cualquier cosa para calmar el dolor de todos mis huesos.

El gato pardo produjo dolencias negras sobre la piel de mi madre, saltaba sobre la sombra verde que había en sus hombros, luego sacudíase la menguante de sus

ojos indefinidos, hasta perderse en la profundidad de mi melancolía.

Cruzamos la cuarta resurrección de los cuerpos amarillos que brotaron de la marea roja. Los perros caían como sombras sobre las garrapatas de Andrómeda. Para consuelo nuestro, las noches anteriores habían producido quemaduras de llanto sobre los cuerpos extraños que salieron de la tierra. Para nosotros las noches fueron construidas con quemaduras de sisal que rompieron mis manos maniatadas al final del túnel donde durmieron las tortugas. Soñaba o moría crucificado sobre los alones de los pájaros grotescos que posaban en los hombros de algún cazador maltratado que nunca respetó mi silencio, sobreponiéndome a la libertad de todas las noches para luego mantenerme despierto junto a una dolencia de falsos cristianos nacidos en el mes de diciembre a orillas de un pesebre lleno de mariposas y gavilanes amanecidos sobre la roca. Las rapiñas produjeron estrellas luminosas. La noche más profunda y problemática hizo trasplantar a los espantapájaros envueltos en trajes de perros que hicieron espantar el miedo de las mariposas dormidas en el traspatio, para aquel entonces la sombra verde se alojó en la ventana del cuarto mayor, el cuarto oscuro donde alguna vez durmió la abuela Fítica Alcalá. En el patio de la casa, alguien lloraba con dolor de buen cristiano, la abuela se levantaba sonámbula en busca de rostros calcinados; para luego echarlos a volar sobre los gorilas. Preferí permanecer alerta ante tanto misterio; la abuela saltó los obstáculos para luego gritar:

—¡Basta! ¡Basta ya de tantas puñaladas!...

—¡Basta ya de tanta misericordia para los emprendedores del mal!...

Las manos le saltaban con mordeduras de culebras; antes de volver a gritar:

—¿Hasta cuándo seguiremos aguantando tanta vaina?

Al fin y al cabo todos teníamos que dormir en la profundidad de las cuevas, arropados por cangrejos, helechos y malangas...

El día veintitrés de julio descubrimos la figura fantástica que entraba y salía de la casa de los Isidoros como por arte de mágica ilusión que había en nuestra imaginación. El encapuchado había sido contratado por nuestra madre para que nos indujera al sueño junto a los mirmidones, ¡mayor locura! Cuánta ignorancia había en el vientre de mi luna, dije entre pasos de corredores; dormir sin me-
render, sin cantos, sin cazadores de murciélagos y sin las buenas noches del tío Juan Alcalá, era como no dormir. El padre Guacarán amaneció tendido sobre un mimbre de piedras doradas, los pies fueron carcomidos por hormigueros...

Ahora todos somos adultos y comprendemos mejor las cosas, dijo mi hermana Belkis entre petardos y recuerdos familiares que posábanse sobre las luces del corredor. Aquel disfraz lleno de arrugas coloniales parecía un gallinero con plumas y harapos de algún espantapájaros dormido, de esos que sustraen líquidos amargos para descargar los árboles dramáticos de la noche.

El hombre mágico poseía una habilidad impresionante que costó mucho desprenderlo de nuestras buenas y malas costumbres. En verdad todos habíamos sido víctimas de una historia construida por pesadillas alargadas que en aquellos tiempos galopaban sobre tres Villalobos (traídos

de Villafrontado), saltando árboles frondosos que arrojaron frutas a mis espaldas. Llegamos al cuarto como lobos agresivos, los cuales produjeron tranquilidad a mi alma desempolvada con pelos de arañas. Alguna vez creíamos en los guardianes mágicos, mientras mis dos hermanas soñaban con los gavilanes de linterna verde, el enmascarado de plata, neutrón, y las tortugas doradas que dormían en las paredes de un cielo lleno de transmisiones radiales... Ese día apareció mi padre vestido de blanco, todos lo confundimos con el médico asesino, el asesino de los casca- beles se mecía en la luna llena de miseria, mientras yo reflexionaba sobre pieles extrañas. Al principio sentimos miedo pero al oír su voz y ver las frutas que traían para nosotros, corrimos y nos abrazamos a sus pies como dos cangrejos hambrientos, dos alimañas domésticas que quisieron acabar con el hambre de todos los días. En aquel instante desaparecieron de mi mente todas las imágenes falsas que alguna vez se mostraron vigilantes detrás de la ventana de hierro y terciopelo.

—Ese fantasma se llamaba Pichilingo —dijo mi hermana Omaira hecha un derrame de pieles domésticas salidas de una televisión imaginaria que causó en mí una extraña sensación de amar con locura—; nuestro fantasma está en la memoria —recordó.

—Está en el instinto del alma —dijo el padre Guacarán—; lo siento cuando estoy solo —prosiguió—; él se instala en mis dolores viscerales como el mejor amigo de la noche, me sensibiliza la piel y el espíritu santo, produciendo en mí, placeres impredecibles que sólo la luna me prohíbe contárselo a las almas del purgatorio.

Al parecer aquel globo de harapos infernales nos asusta-

ba, porque jamás había tenido infancia, alguien le enseñó el lenguaje de gruñir como un monstruo reconstruido por la maldad. Parecía una misericordia con distintos entendimientos, su vida había permanecido sobre la luz de mi melancolía y el gallinero de los espantapájaros. Según mi madre, el pájaro de plata o mal llamado Pichilingo estuvo toda su vida alimentándose de sustos y suspiros llenos de miedos supersticiosos. Ahora el señor fantasma no es más que un recuerdo que anda y desanda entre la vida y la muerte, para luego remontar la mar de mis tormentosas fantasías y refugiarse en la mentira de alguien que quiso llamarse Pichilingo.

ÍNDICE

Presentación.....	07
Refugios ocultos.....	13
Ayoleida.....	31
Acantilado.....	43
Figuraciones.....	49
Guaicamacuto.....	55
Atanacio.....	61
Leslie.....	65
Pichilingo.....	71

Esta edición de 1000 ejemplares
se imprimió durante el mes de junio
del año 2012, en el Taller
de Impresos del Fondo Editorial,
en Caracas, Venezuela



Antonio José Lanza A.

Nativo de Cumaná – Estado Sucre.

Profesor de Educación Estética, escritor, pintor, ensayista, promotor cultural y crítico del arte. Dedicado al arte y la cultura en todo sentido, abnegado con el medio que lo rodea, humanista que encarna lo más profundo del gentilicio sucrense.

Como artista plástico ha recibido numerosos reconocimientos, premios de artes plásticas nacionales y regionales.

Como artista escritor ha recibido el primer premio de narrativa IPASME con el libro de cuentos Máscaras, rostros y fetiches, el premio de ensayo con la biografía Félix Pazos Rojas, pintor y luchador popular, otorgada en la X Bienal Salvador Valero, estado Trujillo.

Mención honorífica en el II Concurso Tierra de Gracia, Cumaná, estado Sucre, con el libro de cuentos Refugios ocultos y otros cuentos; premio de novela IPASME, con la obra Cien fuegos en fuego. Además, ha publicado las novelas El imperio de los duendes y Rino infierno.

Es autor de las biografías tituladas: Una constante en la vida y obra de Jesús Ugas Nicorsin, María Armas de Guiñan, docente insigne del estado Sucre, y la biografía del tallador popular sucrense Ignacio Arenas.



Gobierno
Bolivariano
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la Educación

IPASME



corazón
VENEZOLANO

DISTRIBUCION
GRATUITA
PROHIBIDA SU VENTA